CAPÍTULO IX

—La resiliencia—

33

Montado a su dragona, Eros volaba sobre el frondoso bosque encantado. El sol se posaba en su rostro, y el viento ya no era hostil como en los cielos de las tierras altas. Habían brillado varias lunas tras la partida del invierno, y el clima de media estación revitalizaba las zonas bajas de la región de Tibur.

La perspectiva desde las alturas había sido una experiencia extraordinaria para el joven. Las montañas nevadas lo habían estremecido con su inmensidad y grandeza, pero el paisaje del bosque no era menos impactante. La abundancia y colorido de su vegetación le llenaban la vista de belleza. Jamás hubiera imaginado tener la oportunidad de montar un dragón, y apreciar el territorio desde una óptica tan especial y privilegiada. La conexión con la naturaleza era absoluta, y su estado de ánimo se había fortalecido.

En el horizonte, se vislumbraba la estepa del sur, anunciando el final del bosque. El camino que alguna vez había sido un desafío de supervivencia, se convertía en una dichosa aventura desde lo alto. Su vínculo con la dragona le había ofrecido un poder fantástico, difícil de custodiar, pero único y superlativo.

Tras superar el camino de los miedos, finalmente, arribaron a las tierras del sur. Atrás habían quedado los avatares de una gran travesía, que, inexorablemente, había cambiado las reglas del juego para siempre.

Agatha disminuyó la velocidad, y rodeó con su vuelo la rotonda principal, donde conectaban las distintas vías. Eros había transitado esas rutas decenas de veces, pero desde las alturas, todo lucía mucho más espectacular. El camino real se extendía bajo el rutilante follaje de los árboles emperatriz, que lucían plenamente florecidos. Las diminutas y abundantes flores teñían de morado el túnel natural que escoltaba la senda hasta su desembocadura, justo a los pies del castillo del sur. Embelesado ante tanta hermosura, Eros prefirió continuar el viaje inmerso en el paisaje, una decisión audaz y temeraria, considerando que montaba un dragón.

Agatha se internó en la ruta como una saeta. Las alas se acoplaban al viento suave de la pradera, y propiciaban un vuelo armonioso y rasante. Eros abrazaba a la dragona con firmeza, mientras los cuerpos atravesaban el aire espeso y cálido del pasaje.

Un sinfín de emociones se abrían paso en su interior. El regreso a su tierra lo estremecía, lugar que lo vio crecer, pero también huir. El camino real se convertía en una galería de memorias y recuerdos potenciados por la inspiración que provocaba su encanto singular. Las copas tornasoladas filtraban la luz solar en tonos violetas y rosados. Las hojas vibraban al compás de la brisa, y al caer a las aceras del sendero desprendían un perfume fresco y dulce, característico de los árboles emperatriz.

El paseo había sido mágico y sublime, y había sembrado un dejo de nostalgia en el joven. Al finalizar el trayecto, Agatha detuvo su vuelo y permaneció reposando sobre los pastos tiernos de la inmensa estepa. A lo lejos se apreciaba el castillo del sur, rodeado y protegido por el foso y su enorme puente levadizo.

El joven se paró en tierra firme, y observó con melancolía el fuerte a la distancia. El destino lo llamaba, debía presentarse y transmitir su visión altruista sobre el futuro de los reinos, esta vez, desde una posición experimentada. Ya no era un joven novato haciendo sus primeros pasos como guerrero, su recorrido lo colocaba en un lugar preponderante. A pesar de eso, aquí nadie conocía su evolución, y no era más que un desertor.

Embebido en su reflexión, se hizo un momento para pensar en Elena, y un sentimiento de incertidumbre lo invadió. La última vez que había visto su rostro, habían acordado un plan para salvar a Agatha, pero luego su ausencia dejó un mar de dudas. Se preguntaba qué pensaría al recordarlo, incluso, si, al menos, lo seguiría haciendo.

Todas sus ideas convergían en la necesidad de enfrentar las consecuencias que su exilio había dejado en el sur. Ya no era el mismo hombre, y tenía argumentos para demostrarlo, pero aún debía llevarlo a cabo.

De pronto, oyó crujir las cadenas del puente levadizo, y su meditación se interrumpió. Luego se abrieron las compuertas, y una formación de soldados montados a caballo surgió del interior. La mayoría de los jinetes lucía armaduras de la guardia real, y enfilaron hacia el camino real. En ese instante, comprendió que su presencia era el punto de interés, algo esperado, considerando que tenía un dragón blanco a sus espaldas. Sin más preámbulo, debió confrontar la situación antes de lo previsto.

En cuestión de segundos, los caballeros lo rodearon en un medio círculo, con sus armaduras gélidas y amenazantes. En el centro se ubicaba Sigurd, quien no poseía yelmo, pero su rostro implacable lucía como tal. No tardó en abrir la boca, aunque su atención estaba puesta en el animal.

–Camaradas, si no fuera porque permanezco sobrio en servicio, diría que beber *corazón de guerrero* es cada vez más nocivo –dijo irónicamente, haciendo referencia a una de las bebidas más alucinógenas del reino. Lanzó la humorada, pero ninguno de los caballeros dio calce a la broma, estaban perplejos ante la figura del dragón. Luego, Sigurd continuó el discurso, esta vez, directo al joven.

» No dejas de sorprenderme muchacho, ¿cómo conseguiste tu mascota? –preguntó, mirando con recelo y confusión a la dragona.

–Es una larga historia que me gustaría compartir, pero sería mejor que estuviera el rey presente –respondió, intentando imponer condiciones, pero el maestro guerrero no se sintió a gusto con las formas.

–Tal vez podrías compartirlo con el rey, mientras le imploras piedad por de tu delito de deserción –arremetió, sin vueltas–. A caso piensas que este reino olvidó lo que hiciste.

–Las cosas han cambiado… –agregó el joven, pero fue increpado por el veterano una vez más.

–¡Yo digo cuando las cosas cambian! Y aquí lo único que ha cambiado es la presencia de esta bestia alada, eso sí tendrás que explicarnos –aseveró, e hizo un gesto para que los guardias lo redujeran. Dos de los soldados desmontaron, y se aproximaron a Eros. Cuando estaban a pasos del joven, Agatha reaccionó violentamente con una estrepitosa bocanada de fuego que expulsó verticalmente. La acción fue contundente, aunque no daño a nadie. Los hombres retrocedieron y aguardaron expectantes en sus posiciones, y Sigurd desistió del arresto.

–Insisto en que las cosas han cambiado –retrucó, y mostró la carta certificada del rey Kalevi, luego se la entregó a Sigurd, quien se sorprendió al ver el sello del oeste. Levantó la vista, y lo miró con suspicacia, le costaba creer que fuera cierto.

» !Es verdadera! –dijo con bronca el joven, mientras comenzaba a perder la paciencia–. Tiene el código real, sería conveniente que lo verifiquen primero, y luego continuamos con la charla –concluyó, categóricamente. Eros había aprendido muy bien el valor que tenía ese elemento en un mensaje.

Sigurd le ordenó a uno de sus discípulos que fuera hasta el castillo a corroborar la autenticidad del manuscrito. Mientras tanto, optó por mantener la boca cerrada. La situación era extraña, y nadie quería dar un paso en falso. Eros, también, prefirió aguardar en silencio. Sabía que, tras la verificación de la carta, su opinión cobraría mayor sentido. Por su parte, Sigurd se encontraba contrariado, le sorprendía la firmeza del joven, y sentía herido su orgullo ante la amenaza de la dragona y su arresto frustrado. Mientras esperaba, no podía quitarle la mirada de encima, jamás había visto un ejemplar como ese.

Sin buscarlo, su atención derivó en una cicatriz que tenía el animal en una de sus patas. La extensa marca cubría casi todo el largo del muslo. Estaba formada por una línea gruesa irregular, y otras dos más finas que la atravesaban, idénticas y alineadas. La herida era similar a las que poseían los caballos tras graves lesiones. En esos casos, la mayoría de los animales eran sacrificados, pero otros tenían una segunda oportunidad. El procedimiento consistía en entablillar el miembro con una estructura de hierro, para inmovilizar la zona hasta su recuperación. Al quitar el artefacto, el caballo continuaba su vida con cierta normalidad, aunque excluido de trabajos forzosos. El amarre provocaba un par de cicatrices extra debido a la presión que ejercía en la piel. El dragón presentaba esa marca como un estigma del pasado, ya que nadie aplicaría esa técnica en una bestia de tal porte. No había dudas para Sigurd: el animal habría sufrido la metamorfosis del dragón. Pocos en el reino disponían del conocimiento para arribar a esas conclusiones. El hallazgo le aportaba tantas respuestas como nuevos interrogantes.

Mientras hilvanaba conjeturas, el soldado regresó con el resultado de la verificación, y se lo susurró al oído. Luego, el maestro guerrero se tomó unos segundos para leer la carta detenidamente, y se despojó de todo prejuicio hacia el joven.

–La carta es legítima, es un mensaje verdadero del rey Kalevi. Tal vez, debamos continuar esta charla en el salón principal. Te llevaré con Gregor, pero dile a tu nuevo amigo que espere aquí afuera –exigió con gracia, relajando un poco el ambiente. Eros respondió con una leve sonrisa. Después se arrimó a la dragona y le indicó que debía alejarse por el momento. Agatha acató la orden, abrió sus enormes alas y las agitó con potencia. Un remolino de tierra y hojas secas giró por un instante, ante la mirada atónita de los soldados. El animal no tardo en alcanzar gran altura y se esfumó entre las nubes. Acto seguido, el joven guerrero fue escoltado hacia el interior del castillo.

Minutos más tarde, Eros volvía a ingresar al gran salón, el mismo donde habían celebrado su éxito en la prueba de valentía. Había pasado un largo tiempo de ese día, y su actual visita aparejaba circunstancias diferentes.

Una vez dentro, se dirigió a la mesa principal a la par de Sigurd, allí ya se encontraba el rey Gregor compartiendo unos tragos con su amigo Viggo, el clima parecía ameno. A un lado, estaba Aron sentado, callado y entre dormido. Al advertir la presencia de su amigo, se despabiló estrepitosamente. Su primera reacción fue de espanto, como si hubiera visto a un fantasma. En ese lapso se llenó de temor y vergüenza, todo lo que había expuesto y argumentado sobre Eros, se le volvía en contra. Al intersectar la mirada con él, cambio el gesto raudamente, simulando una falsa sonrisa. No pudieron cruzar palabras, dado que el rey explotó apenas pudo advertirlo.

–¡Desertor! –gritó enérgicamente, y señaló con su dedo al joven guerrero, suponiendo que había sido capturado, y traído para una reprimenda. Antes de que el rey ahondara en mayores agravios, irrumpió Sigurd tratando de aclarar la situación.

–Discúlpeme Majestad, no debería precipitarse, existen hechos que debe conocer antes de tomar cualquier acción –aseveró, y le entregó la carta certificada. El rey leyó atentamente las líneas, y luego observó al militar con cierto recelo, buscando una aprobación. Sigurd asintió con la cabeza, dando a entender que el mensaje era legítimo. Ambos se conocían desde hacía muchos años, y la confianza era plena. El rey se dirigió nuevamente al joven, esta vez, más tranquilo, aunque confundido por la noticia.

–Huiste como un cobarde de nuestro reino, pero te convertiste en héroe en el oeste –ironizó, y emitió una risa forzada–. ¿Cómo puedes explicarlo? –indagó, confundido, pero despojado de la ira que lo había abordado en un primer momento.

–Es difícil de explicar. Lamento el modo en el que me fui del reino, creo que tuve los motivos, aunque sé que no justifica mi pecado. Pero puedo asegurarle que valió la pena. Mi ayuda fue vital para que el oeste pudiera replegar el ataque del norte, fue una batalla sin precedentes –argumentó, hizo una breve pausa y arremetió más enérgico–. Las formas no fueron las mejores, pero los resultados fueron muy favorables, y no me arrepiento de mis decisiones –concluyó, categóricamente.

–Está claro que tienes al reino del oeste en un puño, pero yo no soy Kalevi, qué hay de valor en ti para que tenga la misma consideración. Acaso, tan rápido te convertiste en un gran guerrero, si ni siquiera pudiste sacrificar a un caballo. ¿Qué tienes de especial? –preguntó, aún distante. El joven balbuceo un poco, pero Sigurd respondió en su lugar.

¡Un dragón! El muchacho tiene un dragón, eso lo hace diferente –lanzó, y los ojos del rey se abrieron de par en par–. No sé cómo lo hizo, pero domó un dragón.

–¡Es un poder inigualable! Pero también una gran responsabilidad –agregó Eros, atajándose, sabía que el rey podía reaccionar de cualquier manera.

–¡Tú! Tienes un dragón… –dijo, y explotó en carcajadas.

–No es broma. El muchacho es jinete de un dragón, lo vi con mis propios ojos – abordó Sigurd nuevamente. Al rey se le transformó el rostro. Se mantuvo mudo un momento, hasta caer en la realidad, la palabra del militar era irrefutable para él. Bebió lo que quedaba de un jarró, y, esforzándose por aceptar lo que oía, le hizo un gesto al joven para que prosiguiera con su relato. Eros continuó narrando sus historias más recientes. Reveló la información que había obtenido de Korl, y se excusó de no haber tenido oportunidad de comunicarlo, pero que había sido sustancial para iniciar su travesía hacia el oeste. Relató los hechos acerca del ataque del norte, y cómo había podido replegar la embestida con la ayuda del dragón. Sus comentarios destacaban detalles que lograban vislumbrar a Gregor, pero sin ahondar en la manera en que había dominado a la dragona, y Sigurd no tardó en recalcarlo.

–¿Cómo lograste dominar al dragón? –indagó, tajante. No era la primera vez que lo ponían en ese apuro. De igual manera, como había sucedido con Kalevi, Eros sintió la responsabilidad de ser cauto con su explicación.

–Tuve que sobrevivir varias noches en el bosque encantado, fueron momentos muy difíciles, no sé bien cómo ocurrió, simplemente pasó –respondió, nervioso, muy poco convincente.

–¡Es la yegua! ¿Verdad? –lanzó Sigurd, como una daga afilada. Eros se quedó pasmado, boquiabierto, sin palabras. El maestro guerrero, lo siguió acorralando.

» ¡Lo sé! Su cicatriz es inconfundible. Escapaste de la prueba de lealtad para no sacrificarla y volviste con ella. Eso sí, un poco cambiada –afirmó, con mucha suficiencia. Gozaba como un verdugo la incomodidad del joven, quien, arrinconado, ya no tenía más opción que exponer la verdad.

–¡Sí! Es Agatha, mi auxiliar de entrenamiento. Se convirtió en dragona en el bosque encantado, eso es lo que sucedió –confesó, y aguardó expectante la reacción de los presentes. El rey fue el primero en opinar al respecto.

–¡Es asombroso! En lugar de sacrificar a la yegua, dejaste que se convirtiera en dragón y nos trajiste el arma más poderosa de todo Tibur –dijo, orgulloso de lo que había hecho el joven guerrero, y cambió su perspectiva definitivamente–. Esto si es una gran muestra de lealtad. El joven es un verdadero guerrero –concluyó, enérgico y determinante.

–Siempre seré leal a mi reino, de todos modos, hay que ser cautos. Si bien, mantengo un vínculo con ella, deberíamos… –explicó, pero no pudo proceder ante el corte del rey.

–No seas modesto, tienes un dragón, eso es increíble. Te daremos por aprobadas las pruebas, y te unirás a la guardia real con honores. Muero por ver ese dragón –lanzó, ansioso como un niño.

–Entiendo la importancia del caso, pero eso no debería revertir lo que sucedió en la última prueba, el joven… –Sigurd intentó explicar su posición, pero también fue interrumpido por el monarca.

–No importa lo que sucedió en el pasado. Eros es un guerrero y será aceptado en la guardia real, quiero al muchacho en mi ejercito –dictaminó, y cerró el diálogo. Sigurd se quedó contrariado, sabía que era importante contar con Eros, pero su metodología ortodoxa chocaba una vez más con el pragmatismo de Gregor.

El rey se acercó al muchacho y le dio un apretón de manos, ambos cruzaron una mirada de gratitud. El rey se despidió del joven y se retiró junto a sus colaboradores. En el salón quedaron a solas Eros y Aron.

–Me alegra que hayas sobrevivido –expresó Aron, forzando emoción en sus palabras.

–Gracias. Fue una gran aventura, pero aquí estoy. También me alegra saber que llegaste bien hasta el final del camino de los miedos –respondió con sinceridad.

–Sí, no tuve inconvenientes, tu ayuda fue muy importante –expresó, sintiéndose cada vez más incómodo con la charla. Sabía que sus mentiras le traerían consecuencias tarde o temprano. El momento era tenso para él, pero aún podía ser peor, fue entonces cuando Elena abrió las puertas del salón e ingreso sobresaltada.

–¡Eros! ¡Estás vivo! – gritó, alborozada. Avanzó corriendo hasta la posición del joven y lo atrapó en un abrazo, que por poco lo tira al suelo. Se aferró a él con fuerzas, y se quebró en llanto. Sentía que su corazón roto volvía a unir las piezas.

Ambos permanecieron abrazados y emocionados. Por su parte, Aron jamás había sentido tanto fastidio. Con disimulo, enfiló hacia la puerta de salida, e intentó pasar inadvertido. Antes de alejarse lo suficiente de ellos, Elena levantó la mirada por detrás de Eros, aún aferrada a su espalda. Aron no pudo evitar el contacto, y percibió en la hija del rey un gestó de furia, había mutado de emoción a bronca en un instante. Y ese sentimiento cargado de recelo se fundió en una mirada fulminante. El joven agachó la cabeza y continuó hacia la salida resignado. Su sueño insipiente de conquistar a la princesa se hacía añicos por completo.

34

Eros y Elena caminaban por la orilla del lago de los dioses. La tarde era espléndida y apacible. Las aguas reposaban en calma, apenas mecidas por una suave brisa nacida de las montañas. Se habían reunido como tantas veces en el lugar, pero este encuentro no era uno más. Las circunstancias los habían separado y, cada uno a su modo, había sentido el peso de una despedida definitiva. El destino, sin embargo, les ofrecía una segunda oportunidad, una carta con sabor a revancha, y no podían dejarla pasar. Habían comprendido, al fin, el valor del vínculo que los unía.

Eros disponía de mil historias para contar, durante su tiempo ausente había vivido más que en el resto de su vida. La princesa, complacida de oírlo nuevamente, apreciaba sus relatos con devoción. Por su puesto, ella también había sumado experiencias en ese lapso, donde se destacaba el incidente sufrido de camino a la ceremonia de iniciación. Sin dudas, ese desencuentro aún era una espina encarnada en la relación. Eros, como buen caballero, no pretendía incomodarla con heridas del pasado, incluso, prefería aprovechar el tiempo para disfrutar de la compañía. A pesar de eso, la charla pendiente flotaba en el ambiente, y Elena entendió que debía limar esa aspereza a fin de mantener un vínculo pleno con él. No quiso demorar más el mal trago, y decidió abordar el tema.

–Lamento mucho lo que sucedió en la ceremonia, nunca fue mi intensión que tuvieras que pasar por todo eso –lamentó, la voz se le entrecortaba, pero logró romper el hielo.

–No tienes nada que lamentar, eso es parte del pasado. Además, si no fuera por lo que pasó, no hubiera vivido esta aventura de la que no me arrepiento –señaló, con sinceridad, a pesar de que su principal intensión era quitarle presión a la joven.

–Lo sé, el final, tal vez, lo justifica. Pero no es el punto, yo te fallé y lo lamento. Necesito pedirte disculpas por eso –enfatizó, y le hizo un gesto para que la dejase continuar–. De todos modos, necesito que sepas que no fue mi intención que sucediera, yo estaba dispuesta a llegar a tiempo para el intercambio que pactamos. Pero en el camino fui sorprendida por dos ladrones, esos malandras me atacaron –enfatizó, y la bronca la invadía como aquella noche.

–Odio que te haya pasado eso, soy yo quien te tiene que pedir disculpas. Fui egoísta, pensé en mis problemas y te expuse –exclamó, y una oleada de culpabilidad lo azotó. Hasta el momento sentía recelo por su ausencia, pero al conocer el verdadero motivo, su perspectiva daba un giro.

» ¿Te dañaron? ¿Qué sucedió luego? –indagó, preocupado y sorprendido.

–¡Tranquilo! Fueron sólo rasguños y una reprimenda de Engla al día siguiente –dijo, y rio para distender un poco el ambiente, necesitaba aclarar el tema, pero, tampoco, quería empañar el encuentro–. El verdadero problema fue que se llevaron mi caballo, tuve que resignarlo para poder esconderme. Luego corrí hasta el lago, pero para cuando llegué era demasiado tarde. La ceremonia había terminado, y el clima estaba extraño. Cuando oí que un joven había huido, enseguida supe lo que habría pasado, se me rompió el corazón en pedazos –concluyó, y los ojos se le enrojecieron. Rápidamente bajó la cabeza, no le gustaba mostrarse vulnerable. Eros la tomó suavemente del mentón para intersectar su mirada, y algunas lágrimas se derramaron. Mientras le secaba las mejillas con sus manos, intentó reanimarla.

–No llores, no vale la pena, al final todo salió bien. Insisto, la culpa fue mía, tú quisiste ayudar en todo momento. Valoro mucho lo que hiciste –agradeció, y sus comentarios provocaron una sonrisa tímida en la muchacha–. Saber que lo intentaste me honra y me enorgullece. Eres una mujer muy valiente, y la única persona en la que puedo confiar realmente –afirmó, y la mirada de Elena volvió a humedecerse, pero, está vez, de emoción. La declaración de Eros había sido una caricia para su alma, y la liberación del peso de la culpa que la azotaba desde aquel día. En el aire se respiraba un sentimiento hermoso e inquebrantable, estaba claro que el vínculo se encontraba intacto. La unión era la misma de antes, pero mucho más libre y despojada de prejuicios. Quería expresarle todo lo que sentía por él, que estaba lista, y que ya no había nada que la reprimiera. La emoción la enmudecía repentinamente, y tratando de encontrar las palabras justas, perdió segundos balbuceando frases inconclusas. Sin pensarlo más, entendió que estaba todo dicho, y decidió ser más impulsiva, más a su estilo. Entonces, se abalanzó sobre Eros, y, sin más preámbulos ni tabúes, lo sorprendió con un beso temerario, lleno de pasión y frescura. Ambos se besaron como jamás lo habían hecho, y como sí lo habían soñado. Sus almas se fusionaron en ese instante, y algo cambió para siempre.

Entre euforia y risas, recorrieron los metros restantes hasta llegar al faro del sur. Allí, subieron las escaleras hasta el mirador, e ingresaron a la sala de la vidriera. Se acercaron a los cristales para abrazarse en silencio y contemplar el bello atardecer que agonizaba en Tibur. La ubicación ofrecía una vista excepcional del lago de los dioses y la cordillera del este. La imagen de los picos nevados, retrotrajo a su mente los vuelos con la dragona, y lo fascinante que había resultado aquella experiencia. Consideró que ese era el momento ideal para hablarle acerca de lo que había sucedido con Agatha.

–Aún no te conté lo más importante de mi aventura –lanzó, directo, jugando con la curiosidad de la princesa.

–¿Qué tienes para contar? Vamos, dilo por favor –exigió, espontánea y ansiosa.

–Se trata de Agatha –respondió, dejando correr la información a cuenta gotas.

–¿Qué sucedió con ella? –preguntó, cautelosa, hasta el momento lo había evitado. Aún desconocía los detalles de la charla que Eros había mantenido con su padre y los presentes en esa mesa chica. Intuía que algo malo pudiera haber ocurrido con la yegua, y las palabras del viejo Olaf resonaban en su mente. Sabía que la metamorfosis hubiera sido inevitable, pero no podía prever sus consecuencias. Todo había sucedido muy rápido, y ni los rumores acerca del nuevo domador de dragones había llegado a sus oídos. Eros lo sabía y quería aprovecharlo, así que pensó en darle una gran sorpresa.

–Agatha está viva –afirmó, y Elena se sorprendió gratamente.

–¡Está viva! Es una excelente noticia –exclamó, alborozada. Luego, más distendida, se permitió indagar libremente–. ¿Volviste con ella? ¿Dónde está? –preguntó, mientras la duda la carcomía.

–¡Sí! Deberías conocerla.

–¿Conocerla? Si ya la conozco –replicó, e hizo una breve pausa–. ¿Por qué dices eso? –insistió, confundida. Eros no respondió, y le devolvió una sonrisa risueña.

El joven le hizo un gesto para que lo acompañara, luego abrió la puerta de acceso a la galería, y la invitó a salir al balcón del faro. Una vez afuera, comenzó a gritar el nombre de Agatha con vehemencia. Su voz resonaba desde lo alto de la torre y su eco se propagaba en el aire. Elena lo miraba extrañada, su actitud parecía poco racional, pero igual le dio crédito a lo que hacía. La situación era un tanto extravagante hasta que tomó el desenlace menos pensado para la princesa.

Desde la cordillera, surgió la silueta lejana de la dragona. Al principio, apenas era distinguible a la distancia, pero igual acaparó la atención de ambos. Expectantes, aguardaron que la figura fuera ganando definición en el cielo. Pronto, la imagen se volvió mucho más nítida, y Agatha avanzó hacia el faro a gran velocidad. Un puñado de segundos bastó para que se hiciera presente, y con un vuelo elegante rodeó la cúpula del faro luciendo su porte inigualable.

Elena no podía creer lo que apreciaban sus ojos. El gran dragón blanco, sublime y poderoso, danzaba frente a ella en el aire, tal como lo había soñado hasta despierta. La emoción corría por su cuerpo, y, en ese momento de exaltación, comprendió lo que estaba sucediendo.

–¿Agatha? –murmuró, conmovida y anonadada, temía estar diciendo algo absurdo.

–Ella misma, renacida, te presento la nueva Agatha –expresó Eros, y rio ante el asombro de la princesa–. Alguna vez me hablaste acerca de los dragones blancos, y que todos tenemos uno predestinado. Me pareció una locura al oírlo, pero… ¿cómo lo sabías?

–No lo sabía, los libros no hablaban de eso, pero por algún motivo lo presentía. Es maravilloso que hayas generado este vínculo con una dragona –enfatizó, saliendo de su estado de fascinación inicial, para conectar al máximo con lo que acontecía.

–No fue algo nuevo, la esencia fue siempre la misma, el vínculo se generó cuando era una potrilla, ese es el secreto –dijo, con orgullo, revelando la clave de su gran hallazgo.

Elena lo miró con admiración, estaba orgullosa del joven, de sus logros y su resiliencia. Aquel día se volvía cada vez más especial para la princesa, y una sola cosa podía convertirlo en el mejor de su vida, y Eros estaba a punto de provocarlo.

–Observa la cordillera, ves el pico más alto –indicó, señalando una de las montañas, ella tan sólo asentía intuyendo lo que estaba a punto de suceder, y el corazón le explotaba de emoción.

» Alguna vez una bella princesa me dijo que soñaba con montar un dragón, un dragón blanco como el de los cuentos legendarios, y, desde las alturas, contemplar todo el territorio de Tibur –expresó, mirándola a los ojos, y remató–. Lo mejor de un sueño, es poder hacerlo realidad –concluyó, y la tomó de la mano. Luego se arrimaron al borde del balcón, donde Agatha se aproximó lentamente, y dejó su cuerpo a un paso de los jóvenes. Ambos ascendieron a su lomo para montarla. Elena la acarició tímidamente y, de inmediato, sintió una conexión increíble con la dragona, aferrándose a ella con firmeza. Eros se sentó detrás de la princesa, y deslizó sus brazos a través de su cintura. Tras asegurar su posición, le dio la orden a la dragona para comenzar la aventura.

Agatha voló plácidamente surcando los cielos de Tibur. Apenas moviendo las alas se deslizaba en dirección a la cordillera del este. La paz era inmensa, el vuelo ofrecía una sintonía perfecta entre el bello paisaje y el silencio inspirador de las alturas.

Pronto, arribaron a los primeros picos montañosos, y el relieve se volvía majestuoso. Las montañas de la región estaban inmersas en un clima menos crudo en relación al oeste. La nieve solía asentarse en las cumbres, pero no cubría las laderas, las cuales presentaban un follaje abundante. Amplias extensiones de pinares y otras especies crecían, formando verdaderos bosques sobre las faldas.

A medida que se internaban en la cordillera, los cerros eran más rutilantes e imponentes. La sensación de volar era maravillosa, la princesa vivía la experiencia por primera vez, y Eros lo disfrutaba más que nunca por la compañía. Finalmente, la gran cima se hizo presente, la misma que Elena había contemplado en innumerables tardes desde la vista lejana de la torre del homenaje. Al aproximarse, la cumbre quedó expuesta ante ellos. Pertenecía a una enorme y solitaria montaña, erguida en el centro de los cordones montañosos que la rodeaban sin llegar a rozarla. Lucía como una reina: esbelta e inmaculada frente a su reino.

La dragona dirigió su vuelo hacia la gran montaña y se detuvo justo en la cresta. Se posó sobre una roca vasta y llana, adecuada para que los jóvenes pudieran descender. Con los pies hundiéndose en la nieve, Elena dio varios pasos hasta el borde de la cima. Desde la cúspide, podía contemplar la inmensidad de la cordillera y, más allá, los confines de Tibur. Eros la abrazó por detrás, y juntos compartieron la vista más majestuosa que jamás habían presenciado.

–Gracias por este regalo, es algo único –expresó la princesa, su estado era de plena relajación y contemplación. Había asimilado las emociones y alcanzado una profunda conexión con el ambiente que la rodeaba.

–¿Pude cumplir tu sueño? –preguntó, creyendo conocer la respuesta, satisfecho de poder complacerla.

–No, en realidad no era así… –susurró, y Eros se sintió confundido, sin entender qué le podía faltar al momento. Elena quitó la vista del paisaje y posó su mirada embelesada en Eros. Antes de continuar, dejó correr unos segundos, jugando con el suspenso.

–¡Esto es superior! En el sueño faltabas tú. Contigo todo es mucho más mágico. ¡Te quiero! –dijo, al fin, abriéndole su corazón y su confianza. Se trataba de un camino sin retorno, estaba dispuesta a entregarse a él, más allá de los prejuicios y la solemnidad de la realeza.

35

El escenario nocturno ganaba presencia en los alrededores del lago de los dioses. La noche exigía redoblar la custodia de las aguas, y la guardia real cumplía un rol fundamental. Los enemigos del norte eran una amenaza permanente, el reino del sur sentía el calor de su aliento a toda hora, pero lo cierto era que la mayoría de los ataques se habían registrado en la penumbra. Los hombres de mar solían denominar a los norteños como *los caballeros de la oscuridad*.

Apenas se había ocultado el sol, y, como en cada jornada, los pescadores se preparaban para internarse en las aguas del lago, llevando a cabo una de las actividades más sustanciales y arriesgadas del reino. Junto a ellos, viajaban embarcaciones de la guardia real custodiando sus labores.

Aron llevaba poco tiempo como guerrero real, y era enviado a menudo a cubrir este tipo de asignaciones, por lo general, menospreciadas por otros soldados de mayor rango. El joven debía cumplir su servicio durante esa noche, y ya se encontraba remolcando un bote desde la orilla.

Su mente estaba atormentada, la ira lo carcomía por dentro, y se lamentaba por los últimos acontecimientos. Lo había tenido todo a su merced, su posición en la realeza y la princesa, especialmente. Pero la llegada de Eros había derrumbado sus aspiraciones como un castillo de naipes. El joven y su fama de domador de dragones, había opacado ante el rey su acto heroico de haber rescatado a la princesa, y, peor aún, Elena lo odiaba por haber mentido acerca de la muerte de su amigo. No había vuelto a cruzarse con ella, pero le crispaba el estómago pensar en enfrentar la situación, no sabría con qué cara mirarla. La vergüenza y el fracaso lo condicionaban, y el recelo le cegaba el pensamiento. En medio de su pesadumbre, un deseo emergente y siniestro lo dominaba: la venganza.

Había navegado un largo trecho, y ya se encontraba aguas adentro, a punto de alcanza el límite permitido. No había embarcaciones cercanas a su alrededor, y tomó una decisión temeraria y trascendental. Se quitó el uniforme de la guardia real y lo arrojó al agua, luego se colocó una pechera impermeable, simulando ser un pescador más. Giró su cabeza hacia atrás, y observó las costas lejanas del sur con un dejo de nostalgia y amargura.

Pronto, la ira volvió a someterlo, enderezó su posición y comenzó a remas con fuerzas. Rápidamente, cruzó la línea de la frontera segura y enfiló en dirección norte, buscando un nuevo destino donde apaciguar su fuego, lejos de Eros y la princesa.